

UN PLACIER IBARRATO

UNA vez le pregunté a un cocinero cuál era su plato favorito. Y ya había empezado a tragar saliva imaginando las sabrosuras hechas por su mano que me iba a describir, cuando me dijo sencillamente:

—Mi plato predilecto son los huevos fritos.

Exageraría si dijera que me sorprendió su respuesta. Antes bien; la hallé muy natural. Pensé, eso sí, que come es algo tan al alcance de nuestra mano no le concedemos esa importancia que tiene lo casi prohibido. Pero no me extrañó. Hago referencia a esta opinión de un celebrado cocinero porque me da coraje para confesar, a mi vez, cuál es uno de los que yo prefiero. Son los “especiales” o “refuerzos” de jamón y queso. Más aún, se me hace difícil conocer una persona que no se sienta atraída frente a esas bandejas repletas de “especiales” que parecen sonreír por sus bocas abiertas o burlarse, echándole la lengua al transeúnte.

La “especial” es algo contagioso. Empieza el más desaprensivo de la rueda pidiendo una y ahí no más se le acomoda. Primeramente le come el fiambre que se desborda, recorriendo los costados del pan como si tocara la concertina. Los demás lo miran sin disimulo, envidiosos, casi con impertinencia, siguiendo con la vista la trayectoria del útil desde la boca hasta la cintura, aprisionado entre unos dedos como garras. El crujido de ramas secas que hace el pan al partirse y el ruido de los labios al masticar, semejantes a pasitos de mujer, tienen algo de poético y subyugante. Entonces uno se decide y le dice al mozo: “Che; traeme una de éstas”. “Y a mí otra; y a mí otra”, repite el eco. Y aquello es un concierto y una exhibición. Los que poseen todas las muelas se trasladan la pelota de uno al otro lado de la

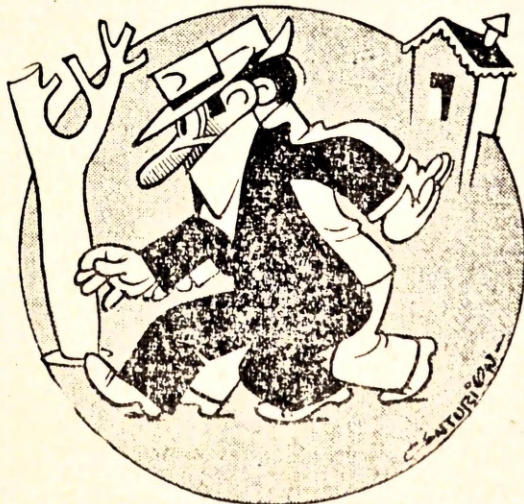
mandíbula, inflándoseles las mejillas; los otros mastican sólo con los dientes de adelante igual que las chivas.

Alguno va a hablar. Pero como tiene la boca llena hace una señal con la mano semejante a la que se emplea para hacer detener al tranvía. Quiere decir que esperen. Que esperen a que termine de tragar. Entonces todos los demás bajan su “refuerzo” a la altura de la cintura y moderan el ritmo de la masticación en respetuosa señal de atención. Las miradas están fijas en la boca llena del que pidió la palabra. En ella está centralizada la expectativa general. Es probable que si se atragantara, tuviéramos una gran consternación. El hombre traga con esfuerzo, abriendo mucho los ojos, bajando la cabeza como si saludara. Se mete entre los dientes la uña del meñique, que ha dejado desarrollar sin duda para eso, observa lo extraído y se limpia el dedo en el pantalón. Después habla. Es el momento en que los otros, a un tiempo, se llevan su pan a la boca como si obedecieran a una orden.

La merienda de la “especial” debe ser clasificada entre los grandes placeres clandestinos. Clandestino porque no es de buen gusto hacerlo más o menos en público, todavía. Hay que procurarse locales y compañeros adecuados para ello. porque a pesar de ese tono de independencia que queremos darle a nuestras costumbres, existe el derrotista, el vergonzante, que después de mandarse a bodega un par de ellas, pretende disculparse:

—Y... me la comí... tanto por decir: “Comí una especial”...

EL HACHERO



—Quiero conocer tu opinión sobre mi última novela.
—Te diré... no vale gran cosa...
—No importa... Quiero conocerla lo mismo.